

PLAZA Y RESZKA

(COLABORACION)

Así, sencillamente: Plaza y Reszka. Ya saben ustedes de quien les hablo. Y es menester que les hable de los dos a un tiempo mismo. Si me propusiera hacer de cada uno crónica aparte, la cosa resultaría incompleta, con poco interés y falta en absoluto de relieve.

Porque estos dos buenos artistas jóvenes han ido siempre juntos, fraternalmente cojidos del brazo, a través de la accidentada ruta de sus ideales. Separados aquí, el cuadro carecería de claroscuro.

Es curioso observar cómo armonizan tan bien estos dos tipos tan diferentes, de caracteres tan opuestos.

¿Marcial Plaza? Un muchacho pleno de simpatía en su expresión diabólica y elocuente. Alma saturada de *sprit*, contenida en envoltura criolla.

Marcial Plaza ríe frescamente y cuando ríe sus ojos y toda su cara se ilumina, haciéndonos pensar en la fresca risa de las fuentes luminosas.

Charlador incansable, hai en sus charlas—como otra vez ya dije—todo el colorido chispeante de su paleta encantadora.

Pinta... Ustedes, que han visto las deliciosas telas que nos ha enviado de París, dirán mejor que yo qué es lo que él pinta. ¡Ah! sus mujeres! Los que no habeis tenido la dicha de mirarlas en toda la gloria de sus carnaciones delicadas, jenerosas y plásticamente suaves como frutas en su madurez total, no podreis tener hermosos sueños que endulcen las amargas meditaciones de vuestras vijilias!

¿Pedro Reszka? Silueta angulosa, enérgica, de rasgos bruscos, reveladores de su gran carácter. Tipo sajón; diríase flamenco. Trajeado a la usanza de la época,—chambergó empenachado, gollilla, jubón...—haría un *Vau* irreprochable. Conocedor profundo de la vida y de sus miserias, contra las cuales ha tenido que luchar a la desesperada, el sentido de lo práctico ha adquirido en él robusto desarrollo. Alma infantil, espíritu aventurero, libre de toda preocupación mezquina. Un ecónomo que maravilla. Piensen ustedes que este legítimo bohemio vive en París tres años hace, que allá estudia y aprovecha y todo esto sin que de aquí reciba un cristo...

La obra artística de Reszka está en consonancia con lo que él es. Antes dibujaba, mucho, mucho. En cambio, se le creía incapaz de pintar. Ahora vienen "El Guitarrista" y aquel "Tipo de Montmartre" a darnos la noticia de que Pedro Reszka es todo un pintor, y no como ustedes quieran, sino que un pintor potente, brioso y esforzado.

El éxito brillante obtenido por las telas encantadoras de Plaza, puede ser opacado un tanto por el vigoroso triunfo de Reszka. Quizá en el numeroso envío del primero la cantidad ha robado un poco de robustez a la calidad.

Porque estos dos buenos artistas jóvenes han ido siempre juntos...

Primeramente aquí, en Santiago, cuando se entregaban furiosamente a la práctica labor de hacer retratos, que Reszka dibujaba y Plaza pintaba en un periquete. ¡Qué diablos! Había que vivir y el buen arte en nuestra tierra no da para eso...—¡Prueba de lo que digo! Esta. De los siete cuadros que nos envió Plaza para el Salon se han vendido solo tres; de Reszka... ninguno.

Después, juntos también, allá, en pleno París, instalados con alguna comodidad en un *appartement meublé* de la *rue Campagne Première*.

"Vivimos—me escribía Plaza en aquella época—en el mismo caseron de artistas, donde, según es fama, vivió Claudio Lantier, el trágico pintor de *L'Oeuvre de Zola*". En aquel año (1900) Marcial recibía cada tres meses la asignación fiscal y ni él ni Reszka se afanaban mucho por la vida, que les era relativamente fácil, y aun agradable.

En sus correspondencias—largas, muy largas, mas no tan largas como yo las quería—hablabanme piadosamente de sus visitas a los museos, de sus estudios en la *Académie Julien*—en donde reciben aun las lecciones del famoso Jean Paul Laurens,—de sus amados proyectos hechos ya realidad y de aquellos que estaban aun por realizar.

Las frases brincaban alegremente, o se iban a lo alto, a lo mas alto, y fueran ellas sonrientes o enardecidas, una misma vibración temblaba en ellas: el noble, el santo, el inmenso amor al arte!

Mas tarde, sin embargo, los intervalos de silencio fueron creciendo, agrandándose. Sus cartas empezaron a perder la amable frescura del principio. Se hacían graves, se hacían tristes; llegaron a hacerse angustiosas.

"Si supiera—decíame Plaza—que no me han de quitar la pensión, viviría tranquilo y acaso produciría todo lo que yo deseo." Y mas adelante: "Lo único que siento es tener que volverme a Chile ahora, cuando recién empiezo a sacar algun provecho de mis estudios."

Las alegres impresiones de antes, traducidas en un lenguaje lleno de intención y de malicia, fueron poco a poco olvidadas. En cambio, las reflexiones dolorosas ante el enigma del porvenir fueron secutuándose, adquiriendo mas y mas grandor, hasta tocar en la desesperanza final.

Y el golpe temido llegó. Mas, como hubo tiempo de aguardarlo, fué recibido con resignación, si no con altivez.

"Ahora—me escriben—no nos queda mas que luchar resueltamente para de

ganarnos el pan y asegurar nuestra cara y nuestro techo. Hemos arrendado un cuartucho que se encumbra en un sexto piso de la *rue Véringetorix*. Vivimos frente a Simon Gonzalez. Desde nuestros balcones respectivos, todas las mañanas nos damos con él los buenos días. En esta reducida habitación lo tenemos todo: taller, dormitorio, comedor y cocina..." Y luego, seducidos nuevamente por la esperanza: "Si nos dan pensión para el año próximo, estaremos salvados."

...Nó, pobres amigos míos! No estais salvados, porque el señor Ministro de Instrucción se olvidó de vosotros; porque los que pudieron reparar ese olvido no lo han hecho; porque para vuestros compatriotas que gobiernan nada significais; porque sois artistas y no conocéis las mágicas fórmulas de la política, que abren las puertas de la gruta encantada; porque estais en París; porque estais en la luna, y bien sabeis, mis amigos, que son las cosas de este mundo las que por hoy nos interesan...

M. MAGALLANES MOURE.

25 de noviembre de 1903.

